

## **CRONICA DESDE EL PAÍS DE LOS SIN ALMA**

**Rosendo Salvado en Australia (1846-1899)**



**Albino Prada Blanco**

*Versión 1 marzo 2014*

## Epílogo

### País de los sin alma, pueblo sin historia

*“ ... no puedo menos que llegar a la conclusión de que la gran mayoría de tus compatriotas constituyen la especie más perniciosa de repugnantes alimañas que la naturaleza ha permitido arrastrarse sobre la faz de la tierra”.*

J. Swift (1726) en *Los viajes de Gulliver*

*“ La humanidad nunca conoció una prueba tan desgarrante y jamás conocerá otra igual, a menos que alguna vez se revele algún planeta, a millones de kilómetros de distancia, habitado por seres pensantes”.*

C. Levi-Strauss 1955: 89

Recogíamos en el primer capítulo de esta crónica las reflexiones que Charles Darwin anotó en su diario cuando llegó a Australia en enero de 1836. Allí veíamos como de felicitarse por ser inglés pasó a declararse desengañado por la situación de la sociedad que edificaron los colonos europeos (mayoritariamente ingleses) en aquel país. En su único contacto con los aborígenes que deambulaban por aquellas ciudades, se confiesa perplejo por su forma de conducirse y los sitúa un poco por encima de los habitantes de Tierra del Fuego respecto de lo que él llama cima de la civilización<sup>1</sup>.

No se le escapó a Darwin que era el contacto con los europeos el origen de muchas de las enfermedades que los estaban diezmado y anota, eufemísticamente, que en la medida en que se les hace más difícil proporcionarse alimentos sus dificultades para sobrevivir irán en aumento. Estas serían para él las causas evidentes de su destrucción. A la vista de estas observaciones concluye<sup>2</sup>: *“Las variedades humanas parece que reaccionan sobre otras de la misma manera que las diferentes especies de animales, destruyendo siempre el más fuerte al más débil”*. Un juicio muy poco positivo sobre la condición racional, no meramente animal, que debiera atribuirse a la variedad humana occidental de homo sapiens que en el siglo XIX llegó a Australia.

---

1 Darwin, Ch. 1839: 393-394 (edición de Miraguano, 2009) y Darwin, Ch. 1871: 142

2 Darwin, Ch. 1839: 257

Por su parte el marino y escritor de origen polaco, nacionalizado inglés, Joseph Conrad conoció de primera mano las reacciones de esa variedad humana occidental (por seguir con la expresión de Darwin) en el Congo, allá por el año 1890 cuando fuera contratado como capitán de navío por la Sociedad Anónima Belga para el Comercio con aquel país. Fruto de ello en su obra *“El corazón de las tinieblas”* plasmó lo que denominó credulidad de la codicia, miseria moral e indigencia intelectual de la variedad humana occidental de su época. Nos relata la destrucción de otros pueblos a causa de la codicia, lo que obligaría a catalogar la conducta del hombre civilizado occidental como peor que la de un simple animal salvaje.

Ahora bien, tanto Darwin como Conrad eran unos miembros de nuestra variedad humana singularmente reflexivos y autocríticos. Puesto que, como anotamos en la introducción de esta crónica, muchos otros autores - y variados e influyentes personajes- concluirían que la desaparición de otras variedades humanas (para ellos cercanas al gorila) debían y serían, inevitablemente, destruidas en aras del progreso. Por supuesto un progreso capitaneado por la variedad que ellos situaban en la cima de la escala de la civilización: que era justo aquella a la que ellos pertenecían.

En el contexto de esta disyuntiva valorativa, entre ser cima de la escala de la civilización o estar por debajo de la condición animal respecto a la variedad humana europea, llegó a la Australia del siglo XIX Rosendo

Salvado. Lo hará por vez primera en 1845, solo nueve años después que lo hiciera Darwin y, como hemos visto en esta crónica, con una conducta y una posición intelectual excepcionales.

Como quiera que sus intereses no eran materiales (como los de los ingleses en Australia o los de los belgas en el Congo) sino de orden espiritual, muy pronto reparará en que la variedad humana de los aborígenes australianos estaba muy alejada de la de los animales o los simios. Y en que, a pesar de las apariencias, quizás lo estaba en mayor grado que la variedad humana europea a la que él mismo pertenecía<sup>3</sup>.

Esta lucidez -y respeto- en la percepción de una civilización humana muy alejada de la suya, le permitirá reconocer y acercarse al alma espiritual de aquellos (ya que los gorilas, los animales en general y, desde luego, no pocos europeos parecían no tenerla) que estaban siendo destruidos. Para hacernos una idea de la dimensión de tamaña destrucción baste decir que en la actualidad de las doscientas cincuenta lenguas aborígenes existentes en Australia sólo sobreviven la mitad (y con menos de cien habitantes cada una); o que apenas veinte de aquellas doscientas lenguas se siguen transmitiendo a los niños<sup>4</sup>.

Para protegerlos del exterminio se empeñará, durante más de cincuenta años, en construir una moderna comunidad rural (el monasterio de Nueva

---

<sup>3</sup> Rosendo Salvado a la vista del parecido de las palabras utilizadas por los aborígenes (desde Nueva Nursia a Perth, desde Adelaida a Sydney) concluye que *"parece indudable que los dialectos australianos parten todos de la misma raíz; así como sus tribus descenden de un solo pueblo"* (Salvado, R. 1850: 364-365)

<sup>4</sup> Diamond, J. 2013: 460

Nursia del que aquí se ha hecho una crónica) que demostrase cómo aquellos presuntos salvajes eran capaces de alcanzar sin dificultad las cimas de nuestra civilización. Como sucedería décadas después, ya corría el año 1924, en Tierra de Fuego donde otro misionero intentó conducir<sup>5</sup> a “*cazadores del Paleolítico Superior por una transición cultural de quince mil años a la Era Industrial*”.

Aunque como alternativa social su misión estaba condenada al fracaso, su empeño humanista brilla aún hoy como una insólita luz en aquel corazón de las tinieblas. Rosendo era consciente de que aquella sociedad aborigen (como todas las que le precedieron) o bien se adaptaba o bien serían destruida<sup>6</sup>.

La obra vital de Rosendo Salvado se constituye así en muy adelantada para su época porque, como resumiremos en este epílogo, y nada menos que doscientos años después de su nacimiento, el problema de fondo al que él se enfrentó (la dialéctica entre civilización y evolución o entre pueblos autodenominados civilizados y los llamados pueblos sin historia) es aún hoy un tema no resuelto.

Para Rosendo los aborígenes australianos eran los propietarios naturales de aquellas tierras y por tal motivo utiliza los sinónimos de indígenas, aborígenes o simplemente australianos para referirse a ellos; poblaciones que colisionarán frontalmente con unos colonos europeos que ignoran su

---

<sup>5</sup> Coon; C.S. 1968: 161-162

<sup>6</sup> Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 377

existencia y sus derechos sobre aquellas tierras<sup>7</sup>. Colonos y gobiernos<sup>8</sup> *“que están ansiosos por apartar de su camino a los pueblos indígenas conquistándolos, desposeyéndolos de sus bienes o haciendo oídos sordos a su exterminación”*.

Para nuestro protagonista el concepto de salvaje equivaldrá al de nativo y no estará contaminado en absoluto de connotaciones peyorativas, ya que les reconoce una inmensa cultura (no escrita), un dilatado pasado histórico y una incuestionable capacidad de asimilar la cultura occidental<sup>9</sup>.

Rosendo percibirá muy anticipadamente que<sup>10</sup> *“la característica distintiva de los australianos y otros pueblos primitivos no es su carencia de historia sino su particular interpretación de la historicidad humana”*. Ellos no asignan ningún valor a la cronología real, a la serie de hechos irreversibles que tienen lugar en nuestro tiempo histórico y lineal, sino a los comienzos.

Hoy sabemos que, en la secuencia evolutiva de las sociedades humanas, lo ancestral, lo originario, lo que más se dilatará en el tiempo (y en ese sentido lo más sostenible con los datos de que disponemos a día de hoy) fueron las sociedades humanas nómadas de pueblos recolectores que acostumbramos a catalogar como pueblos sin historia.

---

<sup>7</sup> Salvado, R. 1883: 298, 402

<sup>8</sup> Diamond, J. 2013: 185, 558

<sup>9</sup> Cipollone, G. y Orlandi, C. 2011: 92

<sup>10</sup> Eliade, M. 1975: 170 y 14

Sobre esos ancestrales pueblos nómadas no debiera extrañarnos que a raíz de migraciones y exploraciones de fortuna -por tierra y por mar- en sucesivas oleadas se hayan diseminado por el planeta<sup>11</sup>.

Se trataría de pueblos nómadas que habrían sobrevivido a varias glaciaciones y durante tantos milenios que, sin duda, cabe afirmar que por tal motivo durante el 99% de nuestra historia la humanidad ha vivido de la caza y la recolección. Pueblos que podrían haber alcanzado una buena calidad de vida y que no son primitivos en el plano moral a no ser que así consideremos el poseer una visión de las cosas muy distinta de la nuestra<sup>12</sup>.

Fue así que desde hace un millón de años hasta hace cien mil, sucesivas oleadas procedentes de África se instalaron en Eurasia, y ya hace treinta mil años, por el estrecho de Bering, tribus asiáticas penetrarán en América<sup>13</sup>. Suponemos que antes de estas navegaciones de fortuna aún existían compartimentos geográficos relativamente estancos; es así que en el pasado remoto al reino Australiano -formado por Australia y Tasmania- jamás llegaron los primates<sup>14</sup>.

Parece que los neandertales desaparecieron unos quince mil años después

---

<sup>11</sup> Arsuaga, J.L. 2001: 306

<sup>12</sup> Cavalli-Sforza, L.L. 1993: 16, 34, 67; Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 63; Diamond, J. 2013: 246

<sup>13</sup> Ganten, D. et al. 2008: 375; Acot, P. 2003: 88; su profundidad actual no supera los 50 metros.

<sup>14</sup> Maddox, J. 1999: 320; Arsuaga, J.L. 1999: 113; Arsuaga, J.L. 2001: 276; Crosby, A.W. 1988: 91; Wolf, E.R. 1987: 394, 397



de que los cromañones invadieran la zona de Europa que ocupaban. A día de hoy no se puede excluir el genocidio (no tanto activo, como pasivo o biológico –por ejemplo el contagio de una enfermedad-) como explicación de aquella extinción<sup>15</sup>.

De manera que en Europa hasta hace 40.000 años solo vivían ellos, y –por tanto- la colonización y dispersión de los humanos modernos por el globo es más reciente en Europa, y más antigua en Nueva Guinea o Australia<sup>16</sup>. Como ya anotamos en el primer capítulo de esta crónica allí podrían haber llegado hace 62.000 años, miles de años antes de llegar a colonizar las tierras europeas. Y será justamente Australia el único continente enteramente ocupado por cazadores-recolectores –que seguirían viviendo en bandas- hasta la llegada de los europeos.

Eso explica el que sólo en algunas regiones del mundo –como Australia- encontrasen los primeros exploradores occidentales a cazadores-recolectores que vivían plenamente como tales<sup>17</sup>.

Ese será el privilegio de Rosendo Salvado, y de su hermano Santos del que se han reproducido algunas de sus fotografías de aquella época en esta crónica, a partir del año 1846. Algunos de los supervivientes de esos

---

<sup>15</sup> Mayr, E. 1998: 253 y 262; Arsuaga, J.L. 1999: 94; empezaría así una interminable serie de cataclismos que serán el resultado del encuentro de culturas triunfantes con otras exterminadas o sin historia, Levi-Strauss, C. 1955: 407.

<sup>16</sup> Para el eminente antropólogo C.S. Coon (1968: 96): “*los actuales aborígenes australianos, son los seres humanos supervivientes más antiguos*”; Cela, C.J. y Ayala, F.J. 2001: 447; el H. antecesor sería el ancestro común del neandertal y el sapiens, Carbonell, E. y Bermúdez de Castro, J.M. 2004: 331; los humanos modernos desplazan a los neandertales hace 30.000 años, Agustí, J. 2010: 276

<sup>17</sup> Diamond, J. 2013: 34, 559

pueblos aún podrá fotografiarlos<sup>18</sup> C.A. Mountford en 1954.

Sobre estos pueblos<sup>19</sup>, *"los testimonios que han dejado nuestros antepasados que vivieron en Europa hace 15.000-20.000 años sugieren una buena calidad de vida. Gracias a la caza, la pesca y la recolección de plantas, fruta y raíces, los hombres conseguían lo necesario para el sustento de comunidades pequeñas, y vivían bien. Lo atestiguan unos instrumentos perfeccionados, unos objetos ornamentales y unas obras de arte que todavía hoy causan admiración"*. En aquella Europa remota, al igual que en la Australia de los aborígenes que encontró Rosendo<sup>20</sup>, *" si se hallan muchas familias reunidas, toman cada una su dirección, porque, todas juntas, no encontrarían comida suficiente"*.

Sólo mucho tiempo después surgirán la ganadería y la agricultura que serán de las primeras tecnologías humanas, aunque no debieran imaginarse como un simple progreso o avance en una secuencia que de la caza lleve al pastoreo y de este a la agricultura<sup>21</sup>. Pues allí donde las densidades de población son bajas, los cazadores-recolectores bien pueden ser denominados *"la sociedad opulenta original"*, y en esas circunstancias la atracción por la agricultura o la ganadería se ve disminuida<sup>22</sup>.

---

<sup>18</sup> Recojo esta información de Coon, C.S. 1968: 82, que cita sus películas *Walk about* y *Tsurunga*. Pueden consultarse muchas de sus fotografías en: <http://www.samemory.sa.gov.au/site/page.cfm?u=949>

<sup>19</sup> Cavalli-Sforza, L. 1993: 143

<sup>20</sup> Salvado, R. 1850: 405

<sup>21</sup> Fdez. Armesto, F. 2002: 43; Debray, R. 2001: 79; Bruckman, J. (edit) 2000: 146

<sup>22</sup> Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 63

Todas ellas son, sin duda, partes de nuestra cultura (de la ciencia y la técnica que vendrán más tarde), suplementos de equipaje que un bípedo omnívoro llamado hombre habría sumado a lo largo de los siglos a su patrimonio genético. Tal equipaje, como otros solucionadores de problemas, permitiría no depender de una sola estrategia para sobrevivir. Aunque tales habilidades (a diferencia del lenguaje) deben transferirse por aprendizaje; de generación en generación. Hablamos del conjunto de cosas que se aprenden de los demás, bien observando las acciones de otra persona o bien recibiendo de ella una enseñanza directa, oral o escrita. Una cultura será, entonces, la forma particular de hacer las cosas que caracterizan a una comunidad, sin que esa forma les sea impuesta por constitución genética a sus integrantes<sup>23</sup>.

Porque ciertamente<sup>24</sup>: *“Ahora usamos la palabra «cultura» en un sentido muy amplio que incluye las características conductuales mencionadas más arriba: los hábitos adquiridos y maneras de vivir de los individuos, las técnicas de producir y usar utensilios y otros objetos, el lenguaje, las instituciones sociales y políticas, las tradiciones estéticas, éticas y religiosas, los conocimientos científicos y humanísticos. Es decir, la cultura significa en este caso todo lo que la humanidad conoce o hace como resultado de haberlo aprendido de otros seres humanos”*

No sería sensato ignorar que tanto en la caza o la recolección como para un cultivo (también en la mirada o en el observar), están en juego bases

---

<sup>23</sup> Cavalli-Sforza, L. 1996: 169; Gellner, E. 1988: 15; las historias culturales como historias sociales y técnicas (Carbonell, E. y Bermúdez de Castro, J.M. 2004: 35)

<sup>24</sup> Ayala, F.J. y Cela, C.J. 2006: 129

profundas del conocimiento humano. Por eso puede decirse con rigor que todos los pueblos nómadas y emigrantes transportan consigo cultura. Todas ellas son en sus orígenes, y por sí mismas, formas de cultura transferibles<sup>25</sup>.

Tal equipaje podría ser imaginado –para el conjunto de la sociedad- como un cierto caparazón incorporado al cuerpo humano<sup>26</sup>. Es por eso que los aborígenes australianos que documentó Rosendo se trasladan transportando sus escasos utensilios y un tizón para poder hacer fuego<sup>27</sup>.

De manera que los pueblos cazadores - recolectores, serán enciclopedias andantes en tanto que conocedores de nombres, y de sus utilidades individuales, en relación a cientos de especies vegetales y animales. Un agricultor no será en este sentido más sabio, pues se concentrará solo en unas decenas de ellas.

Los cazadores-recolectores que sobrevivan en su “*edad de piedra*” (tal como lo suponemos desde nuestra cultura occidental) serían unos muy sofisticados botánicos y zoólogos; y lo son necesariamente porque, hasta hace 2,5 millones de años, se supone que la dieta de los humanos fue vegetariana<sup>28</sup>.

Durante mucho tiempo se habría acumulado un acervo ya fijado

---

<sup>25</sup> Simone, R. 2001: 31; Fdez. Armesto, F. 2006:50

<sup>26</sup> Arendt, H. 2005: 177

<sup>27</sup> Salvado, R. 1850: 395, 401, 405

<sup>28</sup> Diamond, J. 1998:163, 288; Pinker, S. 2001: 464; Watson, P. 2006: 37

previamente en el largo amanecer en que los homínidos ancestrales recogían raíces, acechaban, cazaban y conseguían sobrevivir gracias al uso progresivo de la inteligencia y del lenguaje<sup>29</sup>. La posterior y estrecha imbricación entre danzas y caza la resume así Rosendo<sup>30</sup>: *“la otra especie de baile es muy parecido a la pantomima de los europeos, en cuyo arte los salvajes son seguramente inimitables. En general imitan la caza del kangarú o del emú, representando (un salvaje cada vez) todos los movimientos y precauciones que concurren en la verdadera caza”*. Es por esto que no es exagerado imaginar que Rosendo compartiese la siguiente reflexión<sup>31</sup>: *“Todos los antropólogos que han vivido con los cazadores primitivos indican que son deportivos, caballerescos y conservadores. Las buenas maneras, el sentido de la cooperación y respeto para las plantas y animales entre los que viven y de los que obtienen su alimento son normas de comportamiento fundamentales de los cazadores”*.

No debe extrañarnos que un substrato temporal tan parsimonioso los modelase como profundamente conservadores. Todos serían, en ese sentido, ejemplos de pueblos que nombramos como sin historia. Para Fernández Armesto<sup>32</sup> *“es el caso de los bosquimanos que se confunden con los matorrales para ocultarse de las criaturas a las que da caza o de aquellas que podrían cazarle a él. Su vivienda provisional se parece a la maleza del desierto. Construyen pequeños refugios de piedra lisa donde los materiales están a mano: círculos de poca altura a los que trepa para*

---

<sup>29</sup> Cela Conde, C.J. 1985: 172

<sup>30</sup> Salvado, R. 1850: 370; sobre el nomadismo de los aborígenes Salvado, R. 1883: 431-432

<sup>31</sup> Coon, C.S. 1968: 540

<sup>32</sup> Fdez. Armesto, F. 2002: 99

*dormir con cierta seguridad. Pero no va más allá para modificar la disposición del terreno o para levantar una auténtica construcción. Sus manifestaciones artísticas musicales, canciones y danzas se las lleva el viento tan pronto como son creadas. Sus ritos sagrados -la peregrinación a las aguas permanentes o la exposición de los muertos para alimentar al dios- no dejan señal duradera tras de sí". Es la misma estrategia que Rosendo observó en los aborígenes australianos<sup>33</sup>: "cuando deja el lugar en el que ha pasado la noche con su familia para trasladarse a otro, el saco de piel del kangarú ... es suficiente para contener todo su ajuar".*

Los investigadores de estas culturas observaron cómo sus nativos podían, por lo general, procurarse en tres o cuatro horas toda la comida que necesitaban para el día, y ello sin fatigarse o afanarse. Uno de ellos anota esta reflexión de un bosquimano<sup>34</sup>: "*¿Para qué plantar cuando hay tantos frutos de mongomongo en el mundo?*".

Y es así que Rosendo los admiró en Australia<sup>35</sup>: "*... andando con un aire arrogante y altivo, ocupado en examinar detenidamente cuanto encuentra para procurarse de comer; y en esto emplea todos sus sentidos, los que en el estado salvaje posee el hombre en un grado del cual nos es muy difícil formarnos idea cabal*". Estamos ante los más que probables más arcaicos representantes de la especie humana, aborígenes<sup>36</sup> que "*son*

---

<sup>33</sup> Salvado, R. 1850: 389

<sup>34</sup> Sahlins, M. 1974: 40-41, un agricultor va a necesitar más tiempo de trabajo para alimentarse. Sobre sus habilidades como lanzadores, Coon, C.S. 1968: 83 y 129

<sup>35</sup> Salvado, R. 1850: 390

<sup>36</sup> Coon, C.S. 1968: 265; opinión que, como vimos en nuestra crónica, compartía Rosendo.

*gente esbelta, con largas piernas y piel de color oscuro, con poca pilosidad y cabello y barba entre ondulado y rizado”.*

Sobre ese relato imaginó J.J. Rousseau lo que sigue<sup>37</sup>: *"En las orillas del mar, y de los ríos, inventaron la caña y el anzuelo, y se convirtieron en pescadores e ictiógafos. En las selvas, hicieron arcos y flechas, y se convirtieron en cazadores y guerreros. En los países fríos se cubrieron con las pieles de las bestias que habían matado. El rayo, un volcán, o algún venturoso azar, les hizo conocer el fuego, nuevo recurso contra el rigor del invierno; aprendieron a conservar este elemento, luego a reproducirlo, y finalmente a preparar con él las carnes que antes devoraban crudas. ¿Cuántos siglos habrán transcurrido antes de que los hombres hayan estado en condiciones de ver otro fuego que el del cielo?. ¿Cuántos azares diferentes no necesitaron para aprender los usos más comunes de ese elemento?. ¿Cuántas veces no lo dejaron apagarse antes de haber adquirido el arte de reproducirlo?. ¿Y cuántas veces habrá muerto cada uno de esos secretos con su descubridor? "*

Cabe imaginar que para esta primera humanidad los animales no se diferenciaban de los hombres: quizás por eso los dioses más antiguos lo eran ciertos animales. Habitantes de un tiempo místico primero, un tiempo en el que las metamorfosis eran un don universal de las criaturas, un don que tenía lugar interminablemente. Es por eso que<sup>38</sup>: *"La diosa Sekhmet es una mujer con la cabeza de una leona, Anubis un hombre con*

---

<sup>37</sup> Rousseau, J.J. 1754: 223 y 250, cito por la edición de 1996

<sup>38</sup> Canetti, E. 1987: 370

*la cabeza de un chacal, Thot un hombre con la de un ibis. La diosa Rathor tiene la cabeza de una vaca, el dios Rorus la de un halcón. Estos personajes, en su forma determinada, inmutable, que es una doble forma de animalhombre, dominaron durante milenios las ideas religiosas de los egipcios. En esta forma están retratados por doquier, en esta forma han sido adorados. Su constancia es sorprendente; pero ya mucho antes de que se desarrollaran los rígidos sistemas religiosos de esta especie, las dobles configuraciones de animales-hombres eran comunes y corrientes entre incontables pueblos de la tierra sin relación alguna entre sí". Y es por eso, como también quedó patente en esta crónica, que no debe extrañar que los aborígenes australianos compartiesen con Rosendo una forma particular de negar la muerte<sup>39</sup> "postulando algún tipo de más allá para un alma supuestamente asociada al cuerpo; el alma, junto con una replica de nuestro cuerpo, puede ir a un lugar sobrenatural llamado cielo".*

Aquí se ubicaría un remoto y plausible vegetarianismo primigenio en el que los hombres vivirían antes de cometer el pecado original de matar, probablemente después de verse obligados a comer como carroñeros a un primer animal<sup>40</sup>. No existiría en esto una senda inevitable, porque también se conocen pueblos ganaderos (en los cazadores es lo habitual) que viven como nómadas<sup>41</sup> (aunque sean sedentarios en una región); el sedentarismo no debe asociarse solo a sociedades agrarias.

---

<sup>39</sup> Diamnon, J. 2013: 409

<sup>40</sup> Bataille, G. 1997: 86; Sala, R. 2003: 219; Leroi-Gourhan, A. 1988: 218

<sup>41</sup> Fernández-Armesto, F. 2004: 129; Watson, P. 2006: 93; Crosby, A.W. 1988:37



Durante esas largas fases cazadoras y recolectoras se forman grupos casuales que se reúnen y escinden de manera indeterminada. Y en tales grupos en el contexto de la caza, del combate, de las carreras ... surgiría el juego<sup>42</sup>. Una actividad (tanto si se realiza con otros compañeros, como con objetos inanimados) que sólo se da en los vertebrados superiores y en los mamíferos.

La aldea será su unidad política y ritual: porque es una unidad de caza<sup>43</sup>. Rosendo lo resume así<sup>44</sup>: “*La vida del altivo señor de las selvas australianas es una continua caza*”. La familia-campamento es característica de las sociedades cazadoras-recolectoras de densidad baja (con menos de una persona por cada veinte kilómetros cuadrados). Para estas aldeas y campamentos el amplio territorio circundante no es exclusivo, y no se defiende de manera activa<sup>45</sup>. Se trata de una territorialidad no basada en fronteras sino en un recurso clave (por ejemplo una charca de agua).

Será esta una muy dilatada etapa de nuestra historia donde encontraría acomodo un primitivo altruismo, muy distante del egoísmo que surgirá desde el dominio de la agricultura. Pues compartir de manera generosa es lo habitual entre pueblos cazadores. En este sistema todas las familias obtienen una parte de la caza, sin tener en cuenta el éxito individual de un

---

<sup>42</sup> La importancia del juego y la danza para los pueblos aborígenes que documentó Rosendo Salvado quedó bien patente en esta crónica.

<sup>43</sup> Wilson, E.O. 1980: 142, 172; Canetti, E. 1987: 127. para los Lele del Congo; al parecer los arcos evolucionados aparecerán entre el año 8000 y 3000 a.C. (García Tapia, N. 1994: 10)

<sup>44</sup> Salvado, R. 1850: 393

<sup>45</sup> Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 42, 88

cazador; ya que la caza crea la necesidad de un grupo de intercambio mayor que la familia nuclear y socializa a través de la reciprocidad generalizada en el campamento<sup>46</sup>.

Así lo reconoce un, en estos asuntos, poco sospecho F. Hayek en un pasaje sobre lo que califica como una mala herencia de nuestros instintos morales<sup>47</sup>: “ *Nuestros heredados sentimientos morales constituyen el tenaz obstáculo a la aprobación moral del sistema de mercado al que debemos nuestra riqueza. Exigen que aspiremos constantemente a beneficiar a otras personas conocidas; en cambio, en la sociedad de mercado los efectos beneficiosos sobre otras personas de nuestros esfuerzos nos son en su mayor parte desconocidos y no pueden guiarnos. Para hacer el mayor bien, el individuo tiene que dejarse guiar por signos abstractos e impersonales. No puede pretender conscientemente el mayor beneficio para otros, sino, a lo sumo, beneficio para sí y para sus socios. Esta norma de conducta choca con los instintos morales que hemos heredado de la sociedad cara a cara en que el género humano ha vivido muchos cientos de siglos más que en la sociedad de intercambio de los doscientos últimos años. Estos instintos morales derivan del pequeño grupo cazador de unos cincuenta hombres y de la posterior sociedad tribal, en que el interés de cada uno por las necesidades conocidas de sus semejantes era esencial para la supervivencia del grupo ... Quizá debamos comprender que a muchas personas bien intencionadas, "compasivas", les disguste esta sociedad impersonal, abstracta, en la que*

---

<sup>46</sup> Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 87, 93; bien al contrario, el problema para estos pueblos será adoptar costumbres individualistas y egoístas, Diamond, J. 2013: 115, 350.

<sup>47</sup> Hayek, F.A. 1980: 77-78 y 80

*han nacido y que ofrece poca satisfacción a sus sentimientos altruistas".*

Podría estar perfectamente hablando, por lo anotado en esta crónica, de los pueblos supuestamente sin alma que Rosendo Salvado conoció en Australia.

Porque, ciertamente, durante cientos de miles de años nuestros ancestros podrían haber llevado una existencia parsimoniosa en pequeños grupos de cazadores-recolectores, con pocos motivos de conflicto debido a la escasa población del mundo. Es por eso que las jerarquías estarían implantadas en nuestra naturaleza menos de lo que creemos<sup>48</sup>.

No debe suponerse, a la vista de todo lo ya dicho, una secuencia lineal de cazadores a agricultores, ni tampoco una separación rotunda –asociada a aquella- entre pueblos nómadas y sedentarios<sup>49</sup>. El estado nómada es estable, apacible y, aunque parezca paradójico, sedentario, en el sentido amplio de la palabra. Como se relató en esta crónica las charcas y cursos de agua son referentes territoriales clave para los pueblos nómadas. Y durante la estación seca serán esos los puntos clave para localizar sus campamentos. En tal sustrato de movilidad, los hombres trasladarán consigo sus conocimientos tecnológicos; no serán aún éstos los que se desplacen por sí mismos<sup>50</sup>.

---

<sup>48</sup> Waal, F. de 2005: 38, 83, 146, 248; en estas sociedades aunque el homicidio es bastante común, la agresión organizada (la guerra) no lo es, Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 42.

<sup>49</sup> Fernández Buey, F. 2007: 127, sobre la llamada teoría de los cuatro estadios (lineal: caza, pastoreo, agricultura y comercio)

<sup>50</sup> Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 79-80; Leroi-Gourhan, A. 1988: 34; Fernández-Armesto, F. 2004: 135; Cavalli-Sforza, L.L. 1996: 109

Tampoco deben apreciarse demasiados incentivos a corto plazo para abandonar una semana de apenas veinte horas de trabajo y la actividad de cazar por el trabajo duro y prolongado bajo el sol de un pueblo sedentario<sup>51</sup>. Pues como ya observara Rousseau<sup>52</sup>: *“el decidirse a perder algo, para ganar mucho luego, es una precaución muy alejada de la capacidad mental del hombre salvaje que, como he dicho, bastante tiene con pensar por la mañana en sus necesidades de la tarde”*. Está sólidamente documentado que a corto plazo, y de no actuar factores críticos, los *ɰkung* y otros pueblos cazadores-recolectores trabajaban menos, y disfrutaban de más tiempo libre, que la mayoría de los agricultores<sup>53</sup>. Rosendo Salvado tendrá muy claro, no obstante, que cuando una sociedad agraria y ganadera irrumpe en el medio de una cazadora-recolectora, a ésta -para sobrevivir- sólo le queda la opción de adaptarse a las condiciones agrícolas y de pastoreo<sup>54</sup>.

Es la misma razón por la que los aborígenes del bush australiano preferirán su vida sencilla de nómadas a la que les ofrecía el trabajar por cuenta de los colonos europeos<sup>55</sup>. Aunque, reiteramos, todo cambia cuando un pueblo ganadero irrumpe en los territorios de un pueblo nómada provocando la degradación del ecosistema y de su capacidad para la subsistencia de los cazadores-recolectores<sup>56</sup>.

---

<sup>51</sup> Smil, V. 2001: 209; Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 399

<sup>52</sup> Rousseau, J.J. 1754: 260, cito por la edición de 1996

<sup>53</sup> Wilson, E.O. 1980: 590 y Montaigne, M. 1595 ya citado

<sup>54</sup> George Russo, M.A. 2001: 213, 221

<sup>55</sup> Cipollone, G. y Orlandi, C. 2011: 223; Diamond, J. 2013: 41

<sup>56</sup> Con la llegada de los ganaderos herero en 1920 a la zona del Dube (del pueblo *ɰkung*) según Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 83; y como documentamos en esta crónica con la llegada de los ganaderos ingleses en 1840 a Australia.

El ver como una cierta progresión que los pueblos cazadores pasasen a ser pastores y agricultores es una hipótesis tan simple y lineal que apenas encuentra confirmación en la realidad; algunos pueblos cultivan un poco la tierra, mientras la pesca, la caza y la recolección constituyen sus ocupaciones esenciales; otros vivirán de la caza, de la recolección de frutos salvajes, de la cría de algunos bueyes y animales de corral y del cultivo de algunas parcelas de mandioca<sup>57</sup>.

Estos pueblos serán catalogados sin historia porque a su base material recolectora y cazadora se asocia una compleja cultura de base oral, no escrita<sup>58</sup>. Esa cultura oral (que llegaría hasta Homero en nuestras latitudes) estaría basada en la repetición<sup>59</sup>, la memoria, los patrones, la tradición; mientras que la escrita liberará la mente para lo más abstracto (a partir de Platón en la cultura occidental) y el descubrimiento. Cuando las palabras se escriben pasan a formar parte del mundo visual, pierden su resonancia emocional y su énfasis<sup>60</sup>.

Como muy bien analizó W.J. Ong<sup>61</sup> *“una persona que ha aprendido a leer no puede recuperar plenamente el sentido de lo que la palabra*

---

<sup>57</sup> Leroi-Gourhan, A. 1988: 34; Mithen, S. 1998: 240; Levi-Strauss, C. 1955: 187, 203; no existiría un patrón o secuencia obligatoria de desarrollo de la caza a lo agrario según Gellner, E. 1988: 17; donde se produjo tal transición lo hizo hace 11.000 años, Diamond, J. 2013: 22.

<sup>58</sup> Primitivas, arcaicas, tradicionales, sin escritura, Eliade, M. 1975: 12

<sup>59</sup> Eso explicaría que en la primera fase oral de los niños sea universal su deseo de escuchar una y otra vez las mismas historias (Havelock, E.A. 1986: 100-101), un residuo de nuestra oralidad primigenia.

<sup>60</sup> Ong, W.J. 1982: 32, 47, 83; Sennet, R. 1994: 48; McLuhan, M. 1962: 33; este último señala como la imprenta acelerará la lectura y hará que pierda sentido la lectura en voz alta, se irá produciendo un *“enmudecimiento del lector”* con lo que de la palabra hablada pasaremos, primero, a la palabra escrita y, después, a la palabra pensada (op. cit. p. 123, 181)

<sup>61</sup> Ong, W.J. 1982: 21

*significa para la gente que sólo se comunica de manera oral*". A medida que el cerebro se vuelve más hábil para descifrar el texto, convirtiendo lo que había sido un exigente ejercicio en un proceso que es esencialmente automático, se puede dedicar más recursos mentales a la interpretación y análisis del contenido del mensaje; es muy distinto pensar mientras se habla a pensar mientras se lee. No somos cabalmente conscientes de lo que supuso la no utilización de la escritura durante las primeras, y prolongadas fases, de lo que luego llegó a ser filosofía o literatura<sup>62</sup>. No es extraño que los aborígenes australianos se refiriesen a los libros occidentales como las hojas que hablan.

Rosendo no deja de reconocer, no obstante, el inmenso valor patrimonial de aquellas culturas orales pues<sup>63</sup> *"a pesar de la falta de registros y de testigos, y a pesar de no tener medio alguno de fijar sus pensamientos con signos convencionales o grabándolos sobre madera u otras materias ... los indígenas en pocas palabras, dichas como sentencias, comunican sus ideas con tanta energía y dulzura, como nosotros en las abundantes riquezas de nuestros idiomas"*.

Simultáneamente también se transita de una sociedad de testigos personales a una sociedad de documentos. Tal sucede en aquellos variados ritos de tránsito (nacimiento, matrimonio, muerte) que han llegado a ser en gran medida asuntos privados, mientras que en las

---

<sup>62</sup> Carr, N. 2010: 83; Havelock, E.A. 1986: 137; Goody, J. 1986: 126; este autor considera plausible una mayor acumulación de ideas inconformistas en la cultura escrita (op. cit. p. 133)

<sup>63</sup> Salvado, R. 1850: 363-365; Diamond, J. 2013: 440

sociedades orales eran siempre asuntos públicos<sup>64</sup>. De igual manera el tránsito de lo oral a lo escrito convertirá en infrecuente lo que Rosendo destaca<sup>65</sup>: “ *el salvaje siempre canta; canta si está tranquilo y alegre; canta si está de mal humor, canta hambriento o sediento, canta cuando está saciado; en una palabra; canta siempre que se halla sentado en su hogar*”.

En ese tránsito -y para que el mismo se produzca- lo habitual es asistir a la transformación de los ancestrales recolectores y cazadores nómadas en agricultores y ganaderos paulatinamente sedentarios. Y este tránsito allí donde se produce, del cazador-recolector al agricultor-ganadero, supone una revolución que para E. Gellner tendrá consecuencias tanto en el terreno de la producción (el arado), el de la coacción (la espada) y lo cognitivo<sup>66</sup> (el libro, la escritura).

Ya que en aquellas sociedades cazadoras-recolectoras<sup>67</sup> “... *el hombre que compra algo de su vecino del pueblo no sólo está tratando con un vendedor; sino también con un pariente, colaborador, aliado o rival, proveedor potencial de una mujer para su hijo, compañero del jurado, participante en los mismos ritos, camarada en la defensa del pueblo y dentro del consejo del mismo. Estas relaciones múltiples influyen en la operación económica e impiden a ambas partes tomar en cuenta sólo la ganancia y la pérdida relacionadas directamente con la operación.*

---

<sup>64</sup> Goody, J. 1986: 65, 167

<sup>65</sup> Salvado, R. 1850: 404

<sup>66</sup> Así se titula su obra sobre el particular “*El arado, la espada y el libro*” (Gellner, E. 1988)

<sup>67</sup> Gellner, E. 1988: 43

*Dentro de semejante contexto de factores múltiples, no puede haber una conducta económica "racional" regida por la intención única de la máxima ganancia. Tal comportamiento resultaría desastroso al hacer caso omiso de las múltiples consideraciones y relaciones implícitas en el trato que lo restringen. Estas otras consideraciones entrelazadas son numerosas, abiertas y a menudo inconmensurables y, por lo tanto, no se prestan a un cálculo de costos y beneficio. En tales circunstancias, un hombre puede cumplir con una norma, pero sin servir en realidad a un propósito único y claramente definible. Las normas son complejas. Los propósitos deben ser simples y claros.*

*Una racionalidad útil y más o menos cuantificada supone una sola medida de valor, en cuyos términos es posible evaluar las estrategias alternativas. Cuando existe una multiplicidad de valores inconmensurables, algunos de ellos imponderables, un hombre sólo puede sentir y dejarse guiar en sus sentimientos por las ideas preconcebidas o expectativas generales de su cultura. No es capaz de hacer cálculos.*

*La perseverancia en un solo objetivo y la fría valoración de las opciones, por el contrario, cuando sí prevalecen, requieren un marco social bastante peculiar, que por lo regular está ausente en las sociedades más simples".*

Ni sus cálculos ni su racionalidad pueden simplificarse a la manera que



luego va a permitir la producción en las sociedades agrarias. Tampoco necesitan crear sofisticados registros por medio de la escritura. En este punto el lector se hará fácilmente cargo de las gigantescas dificultades que tuvo que enfrentar Rosendo Salvado para incorporar a los aborígenes australianos a la racionalidad consustancial de un agricultor o ganadero.

En el terreno de la coacción tales sociedades al limitar el tamaño de su población, y llevar una vida móvil, conviven con la ausencia del sentido de la propiedad y habitúan huir de quienes pretenden oprimirlos, es así que evitan en buena medida dos de los más poderosos escenarios que reclaman la aparición de la espada, el conflicto o la guerra. Anota Rosendo<sup>68</sup>: *“jamás guarda el salvaje nada de comida de un día para el siguiente, y si su caza es tan abundante que no baste su familia para comerla toda en un solo día, convida a las familias vecinas”*.

Y al contrario, en las sociedades agrarias y ganaderas sí nos encontraremos con el conflicto interno al que las condena la presencia de un excedente almacenado<sup>69</sup>. Para Gellner ya Platón observó que la existencia de un excedente es lo que hace inevitables la defensa y la imposición de un orden. Surgió así la coerción física (la espada) o intelectual (la escritura) al servicio del almacenamiento de alimentos<sup>70</sup>: *“la institución de producir y almacenar el alimento condujo a un crecimiento social y una complejidad muchísimo mayores que cualquier*

---

<sup>68</sup> Salvado, R. 1850: 406

<sup>69</sup> Waal, F. de 2009: 44 y 208, vincula las guerras a gran escala con el sedentarismo y una agricultura que permite acumular riquezas.

<sup>70</sup> Gellner, E. 1988: 63; Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 93, 97

*cosa posible con anterioridad, lo cual permitió y alentó la separación de los grupos de gobernantes, de especialistas en la coerción y de marcadores humanos o bien guardianes de los marcadores simbólicos, es decir, la clerecía o intelectualidad. Las actividades de la producción, la coerción y la cognición se separaron entre sí, sobre todo desde el inicio del almacenaje conceptual por medio de la escritura". Aparecerá una elite clerical-militar, bien para controlar dicho excedente agrario mediante la fuerza (por los dueños del patrimonio de la violencia) bien para realzar y gestionar dicho patrimonio virtual de la sociedad. Es así que las muertes relacionadas con la guerra se cuadruplicarán en paralelo a esta transición<sup>71</sup>.*

Nada de esto encontró Rosendo Salvado entre los aborígenes australianos<sup>72</sup>: *"Como todo pueblo nómada, los australianos no tienen casas ni grutas fijas; y solo en los días lluviosos construyen sus mujeres una cabaña, que abandonan en cuanto vuelve el tiempo a ponerse sereno ... cuando serena el tiempo, echa al fuego toda la armazón y cubierta de la cabaña; de suerte que al día siguiente, al marcharse de aquel lugar, ni rastro queda de ella".*

Habalamos de un tránsito entre dos mundos que poco tendrían que ver entre sí, un tránsito sobre el que<sup>73</sup> *"la evidencia arqueológica y etnográfica es incompleta y ambigua y tal vez permanezca así para siempre. Queda por explorar más detenidamente si el hombre primitivo*

---

<sup>71</sup> Diamond, J. 2013: 169, 188

<sup>72</sup> Salvado, R. 1850: 408-409

<sup>73</sup> Gellner, E. 1988: 37

*acepta ser reclutado de parte de la paz o de la agresión, de parte de la igualdad de las mujeres o de la discriminación sexista, de parte de la ética del trabajo o de una exigüidad de necesidades, ecológicamente provechosa y humanamente razonable, de parte de los sentimientos sociales o de la hosquedad individualista". Aunque siempre que se produzca será un tránsito en el que la centralización política (la formación del Estado) y la capacidad para leer y escribir estarán al servicio de obligaciones orientadas hacia el largo plazo.*

A su vez este paso, de recolector y cazador a agricultor-ganadero, permitiría una notable explosión demográfica, ya que el intervalo entre hijos se calcula era de dos años en los pueblos agricultores, mientras que llega a cuatro entre los cazadores-recolectores<sup>74</sup>.

Hasta ese momento la población habría sido estable, en torno a los cinco a diez millones en toda la Tierra<sup>75</sup>: *"la explicación de la baja natalidad de los cazadores-recolectores es muy interesante, aunque no se conoce por completo. Entre los cazadores-recolectores, las mujeres tienen un embarazo cada cuatro años por término medio, lo que supone cinco hijos a lo largo de su edad fértil. Tres de estos cinco hijos mueren, como promedio, antes de haber tenido descendencia, por lo que la población se mantiene en equilibrio demográfico, con un crecimiento cercano al cero. Es probable que de esta forma hayan alcanzado automáticamente un*

---

<sup>74</sup> Johnson, A.W. y Earle, T. 2003: 64, 83; Diamond 2013: 214; para Cohen, M.N. 1981: 17, 20, 25 sería la explosión demográfica la que precedería al surgimiento de la agricultura.

<sup>75</sup> Cavalli-Sforza, L. y F. 1993: 234, 30, 148-149

*régimen de natalidad que les permite no aumentar excesivamente la población". No obstante esta será una situación crítica cuando uno de estos pueblos nómadas tenga que enfrentarse al impacto de la mortalidad derivada de contagios con pueblos ganaderos, como les sucederá a los aborígenes australianos<sup>76</sup>.*

Suele datarse la eclosión agrícola en el Asia del año 9.000 a.C. Sabemos que en esa misma transición y en apenas mil años, la población del valle de México se elevó de unas pocas decenas de miles a dos millones de habitantes<sup>77</sup>. En todos los casos donde se produjo la transición agrícola, las poblaciones crecieron por encima de todos sus techos previos. Surge así una paulatina centralización política, las primeras ciudades y el diseño urbano<sup>78</sup>.

Nada de esto había aún acontecido entre los pueblos aborígenes australianos cuando en 1846 llegó a conocerlos Rosendo Salvado. Bien al contrario, Rosendo documenta prácticas aborígenes que frenaban la multiplicación de las mujeres para evitar un excesivo crecimiento demográfico<sup>79</sup>. Australia era una isla-continente con una estable, y escasa, población.

---

<sup>76</sup> Rosendo Salvado documenta en sus escritos más de una de esas plagas e infecciones catastróficas que afectan a los humanos y a los animales de la misión entre 1860 y 1880, Salvado, R. 1883: 278, 377, 385, 400; nuevas enfermedades contra las que sus hechiceros poco podía hacer, Eliade, M. 1975: 144

<sup>77</sup> Harris, M. 2004: 142; Cavalli-Sforza, L.L. 1996: 99, entre el 9000 y el 6000 a.C. gracias al trigo, la cebada y la cría de animales; en los 10.000 años agrícolas, las 400 o 500 generaciones que se han sucedido habría hecho aumentar la población en mil veces o más, Cavalli-Sforza, L. y F. 1993: 143.

<sup>78</sup> Sennet, R. 1994: 115, remite al Sumer las ciudades más antiguas construidas con el modelo que luego se denominó de *cuadrícula romana*.

<sup>79</sup> Salvado, R. 1850: 373

Para el conjunto de la población mundial este cambio va a suponer que en apenas diez mil años se pasase de 20 a 750 millones de individuos. Con tecnologías agrarias que usan energías que son flujos (agua, viento, biomasa) las tasas de crecimiento acumulativo anual serán, con todo, inferiores al uno por cien<sup>80</sup>. Pero nos deslizamos hacia la ilusión tecnológica de un cambio que, en no pocas ocasiones, conducirá al colapso y al agotamiento del recurso fértil. Un colapso retroalimentado por la propia bomba demográfica que desencadena.

Y es entonces que los agricultores serán la primera sociedad que afecte gravemente al medio ambiente a causa de la deforestación<sup>81</sup>. Para P. Lafargue la agricultura será la primera forma en la que aparece el trabajo servil en la Humanidad, y ello quizás explique que en la tradición bíblica el primer criminal, Cain, fuese un agricultor<sup>82</sup>.

El cambio de la caza por el pastoreo supondrá tanto ventajas como inconvenientes. Porque la compañía permanente de un animal puede ser perjudicial para el hombre, ya que las manadas y los rebaños son fuentes de infecciones. Conocían esos peligros de la ganadería los *Lele*, pueblo del Congo cerca del río Kasai, al sostener que el buen alimento ha de provenir de la selva donde es limpio y sano, como el jabalí y el antílope; y

---

<sup>80</sup> Cipolla, C.M. 1989: 17, 46, 53, 58, 91, 126, 129, cuando se apliquen stocks de energía a la producción de alimentos (carbón, petróleo), en solo 200 años pasaremos de 750 a 2500 millones con tasas ya superiores uno por cien (Cipolla, C.M. 1989: 58, 66, 129)

<sup>81</sup> Acot, P. 2003: 98, 105

<sup>82</sup> Lafargue, P. 1883: 119, cito por la edición de 1983

ello a pesar de que poco les costaría mantener rebaños de cabras<sup>83</sup>. No menos sabios eran los pueblos aborígenes australianos en cuanto que consumados cazadores.

Por eso muchas enfermedades van a ser desde entonces específicas de pueblos ganaderos<sup>84</sup>, lo que implicará un alto riesgo para los pueblos que entren en contacto con ellos y no evolucionen en esa dirección, tal como en esta crónica hemos documentado. Y es así que<sup>85</sup> *“los aborígenes australianos han sido literalmente exterminados por enfermedades epidémicas introducidas a través del contacto europeo”*. La difusión de enfermedades asociadas a las técnicas ganaderas aconseja no tener, para con estas técnicas, una visión acumulativa y progresiva.

Debiera evitarse una visión acumulativa y progresiva porque no hay que olvidar que los retrocesos tecnológicos forman parte con frecuencia del flujo secular de estas transformaciones<sup>86</sup>. Retrocesos que suelen llevarse a cabo conscientemente y por buenas razones. Anotemos algunos ejemplos: los aborígenes australianos abandonaron el arco, los japoneses las armas de fuego, los aborígenes canarios la navegación. También existieron pueblos que manejaron metales y que, sin embargo, habrían regresado al hueso; que usaron cuchillos de piedra y los sustituyeron por hojas de madera.

---

<sup>83</sup> Canetti, E. 1987: 124, 126

<sup>84</sup> Diamond, J. 1998: 295; Diamond, J. 2013: 342-343

<sup>85</sup> Diamond, J. 2013: 345

<sup>86</sup> Basalla, G. 1988: 35

Y también al revés como demostró Rosendo con cierta niña aborígen convertida en telegrafista. Sobre los pueblos sin historia no es razonable suponer<sup>87</sup> *“que los europeos son más inteligentes, biológicamente avanzados y trabajadores, mientras los aborígenes australianos son menos inteligentes y ambiciosos y más primitivos; no existen pruebas que corroboren estos postulados”*.

No siempre se acumula y se avanza: los aborígenes de Tasmania abandonaron los útiles de hueso y la pesca<sup>88</sup>. Los *ongé* de la India habrían perdido hasta la capacidad para encender el fuego, se limitaban a mantenerlo pero ya no sabían encenderlo<sup>89</sup>. Los isleños del Pacífico Sur permitieron que el arco, la alfarería o la canoa se volvieran obsoletos, no porque dispusieran de una alternativa mejor, sino porque entraban en conflicto con valores sociales y culturales más poderosos<sup>90</sup>. Quizás sea éste el perspicaz motivo por el que Rosendo anote con cierta perplejidad que<sup>91</sup> *“no obstante de abundar muchísimo la sal en todo el occidente de la Australia, con todo, los salvajes no la usan para nada absolutamente”*.

Abandonar las canoas o la navegación podría descansar en las mismas razones que el hacerlo con la ganadería. Porque con frecuencia el conocimiento, y uso letal, de plagas y enfermedades acompaña a navegantes y descubridores pertenecientes a pueblos ganaderos. Más que

---

<sup>87</sup> Diamond, J. 2013: 35-36, este autor refiere como prueba que entre 1931 y 2006 los montañeses de Nueva Guinea aprendieron a escribir, a utilizar el ordenador y a pilotar aviones.

<sup>88</sup> Fdez. Armesto, F. 2002:69; Leroi-Gourhan, A. 1988: 32-33; Diamond, J. 1998: 295

<sup>89</sup> Cavalli-Sforza, L. y F. 1993: 33

<sup>90</sup> Basalla, G. 1988: 227

<sup>91</sup> Salvado, R. 1850: 403

acompañarlos las plagas parecen haberles precedido; aunque probablemente fueron causadas por enfermedades que ellos mismos traían. Así fue como los blancos estadounidenses exterminaron a los indígenas americanos: regalándoles mantas que habrían sido utilizadas previamente por enfermos de viruela<sup>92</sup>.

Sin tales desastres sería difícil explicar como ya en 1618 la población de México había descendido de veinte a menos de dos millones de habitantes. Aquellos amerindios estaban tan rezagados respecto a los europeos en el cultivo de agentes patógenos como en la metalurgia y es por eso que el intercambio de enfermedades infecciosas fue unidireccional<sup>93</sup>. La lista de enfermedades que el autodenominado viejo mundo llevó a los nuevos territorios descubiertos no es pequeña: viruela, sarampión, difteria, tracoma, tosferina, varicela, peste bubónica, malaria, tifus, cólera, fiebre amarilla, dengue, escarlatina, disentería, gripe, ... Y también así como trescientos años más tarde las enfermedades de los civilizados europeos arrasarán a los aborígenes australianos.

Entre 1300 y 1800 los barcos y los avances en la navegación llevaron de un lado a otro a las ratas portadoras de las pulgas infectadas por la bacteria de la peste bubónica. Por eso no debe extrañarnos que para Darwin las naciones o razas civilizadas acabasen<sup>94</sup> “*exterminando y reemplazando a todas las salvajes por el mundo esparcidas*”. En este

---

<sup>92</sup> Fdez. Armesto, F. 2006: 273, 332; Diamond, J. 1998: 228

<sup>93</sup> Crosby, A.W. 1988: 220, 240, 313; Feymman, R.P. 2000: 94; Diamond, J. 1998: 241; Diamond, J. 2013: 35

<sup>94</sup> Darwin, Ch. 1871: 156, edición de 1999



punto merece la pena transcribir, directamente de su obra, las que él consideraba causas de tal exterminio<sup>95</sup>:

*“Cuando las naciones civilizadas entran en contacto con las bárbaras, la lucha es corta, excepto allí donde el clima mortal ayuda y favorece a los nativos. Entre las causas que determinan la victoria de las naciones civilizadas, hay unas que son llanas y sencillas, y otras, en cambio, oscuras y complejas. El cultivo de los suelos es fatal, bajo todos aspectos, a los salvajes, porque no pueden o no quieren cambiar de costumbres. Las nuevas enfermedades y los nuevos vicios contraídos por los salvajes al contacto con los civilizados constituyen asimismo una poderosa causa de destrucción, y parece que las enfermedades nuevas producen gran mortalidad, durando hasta que concluye con todos los individuos que son susceptibles a su acción. Lo mismo sucede tal vez con los terribles efectos de las bebidas espirituosas, por las que tanto gusto muestran los salvajes. Además ocurre el hecho, aunque parezca en extremo misterioso, que el contacto de pueblos distintos, y hasta entonces separados, engendra ciertas enfermedades. Sproat, que ha estudiado mucho la extinción de la isla de Vancouver afirma que el cambio de hábitos, producido siempre con la llegada de los europeos, causa siempre gran número de enfermedades. Él atribuye gran parte a una causa, en apariencia, de muy poca monta, a saber: que el nuevo género de vida amedrenta y entristece a los indígenas, «pierden todos los motivos de sus esfuerzos y no los*

---

<sup>95</sup> Darwin, Ch. 1871: 142, 143, 179, donde habla de *mayor grado de perfección y cima de la civilización*; (Levi-Strauss, C. 1955: 59) relata como entre 1918 y 1935 los indios de Sao Paulo desaparecieron porque los europeos recogían *“en los hospitales las ropas infectadas de las víctimas de la viruela para agregarlas a otros presentes que colocaban a lo largo de los senderos frecuentados aún por las tribus”*.

*sustituyen con otros»”*

Uno de esos presuntos civilizadores –el portugués Duarte Pacheco Pereira- documenta<sup>96</sup> en el año 1505 cómo se podía comprar un esclavo negro por el equivalente a ocho colmillos de elefante y que, a su juicio, esa *“era gente de muchos vicios pues tienen las mujeres que quieren, la lujuria entre ellos es totalmente habitual y son grandes ladrones, borrachos, mentirosos e ingratos.”*

Un relato que poca semejanza tiene con el que hizo A. Vespucio cuando llegó al Brasil<sup>97</sup>: *“un país donde las almas no se destruyen en la lucha por el dinero, la propiedad y el poder. Un país que no conoce los príncipes, los reyes, las sanguijuelas y los jefes de prestaciones personales, donde no hay que matarse trabajando por el pan de cada día, donde la tierra alimenta con complacencia a los hombres y donde el hombre no es enemigo del hombre”*.

Las discrepancias entre Vespucio y Pacheco se asemejan a las que existirán siglos más tarde entre Rosendo Salvado y buena parte de sus contemporáneos europeos en Australia. Las raíces de las mismas las resumió con suma claridad Montesquieu cuando afirmó<sup>98</sup>: *«El salvaje echa abajo el árbol para comer su fruto; desengancha del carro el buey que le han dado los misioneros y lo asa utilizando la madera del carro para hacer el fuego. Lo único que quiere de nosotros después de tres*

---

<sup>96</sup> Pacheco, D. 1505: 616, 657, cito por la edición del año 1991 (páginas 128, 188)

<sup>97</sup> Citado en Zweig, S. 1931: 52, edición de 2010

<sup>98</sup> Citado por Berlin, I. 1992: 135

*siglos es pólvora para matar a otros, aguardiente para matarse él. Ladrón, cruel, disoluto, se diferencia sin embargo, de nosotros. Nosotros al menos tenemos que vencer nuestra naturaleza; el salvaje la sigue; le gusta por instinto natural el delito, no siente ningún remordimiento.»*

Profundas discrepancias que también comprobamos en lo que atañe a la valoración y aprecio de su aspecto físico. Como hemos visto en nuestra crónica para Rosendo su aspecto era semejante al que certifica el conocido biólogo evolucionista Jared Diamond en relación a los pueblos de las Tierras Altas de Nueva Guinea<sup>99</sup>: *“las fotos de hace 75 años no muestran a un solo papú con sobrepeso: todo el mundo era esbelto y musculado”*.

Esas discrepancias siempre nos sitúan en la encrucijada que padecieron los pueblos que llamamos sin historia. Aunque, ya de entrada, parece no poco excesivo rotular como sin historia a pueblos que durante cuarenta mil años –como los aborígenes australianos- se adaptaron a su medio y sobrevivieron; y autoproclamarnos sin complejos con historia los que apenas llevaríamos cuatro mil años consiguiéndolo. Como sensatamente sugiere S.J. Gould<sup>100</sup> *“algo que resiste durante cientos o miles de años debe contener alguna cosa de valor”*.

A día de hoy no está claro cual es la estrategia evolutivamente estable de

---

<sup>99</sup> Diamond, J. 2013: 18

<sup>100</sup> Gould, S.J. 2003: 181; seguirían el consejo de Epicuro: *“pasa desapercibido en tu vida”* (Epicuro página 120 de la edición de sus Obras Completas de 1999)

adaptación al medio<sup>101</sup>. A no ser que todo lo veamos como un largo amanecer para nuestra explosión final. Y que, además, ignoremos los riesgos de colapso de esta explosión final. Más bien subyace aquí una justificación -racista y eurocéntrica- de nuestra idea de progreso.

Bien al contrario. Desde la perspectiva de los pueblos que denominamos sin historia la abundancia material de las naciones industriales y la penuria simultánea de otros pueblos serían un fallo irracional, una enorme contradicción en la estructura del mundo; para ellos no se trataría tanto de quién va más deprisa, sino de quién lo hace mejor. Para ellos no desear es no carecer, porque son pueblos para los que no había nada que no pudieran reunir en un minuto, envolverlo en sus mantas y llevarlo sobre los hombros<sup>102</sup>.

Y aunque nuestro mundo –aquella parte del mundo que se autoproclama civilizada- suponga que ellos son comunidades fracasadas, bien podríamos considerarlas las sociedades más exitosas de la historia: habrían alcanzado un nirvana estable, habrían preservado su cultura de los cambios y resistido la agitación convulsa de la modernidad. Renunciando al crecimiento habrían puesto su mira principal en la perduración, ganarían en estabilidad lo que sacrificaron en posibilidad de crecimiento<sup>103</sup>.

---

<sup>101</sup> Cela, C.J. 1985: 172, 187; Nisbet, R. 1996: 212, 216, 405

<sup>102</sup> Sahlins, M. 1974: 24-25

<sup>103</sup> Huxley, A. 1979: 34; Fdez. Armesto, F. 2002:213; Wolf, E.R. 1987; Harris, M. 1990:379; Innerarity, D. 2002:182; Fdez. Armesto, F. 2006: 543; Canetti, E. 1987: 11; aconseja no ignorar a estos pueblos perdidos que suelen calificarse como primitivos o atrasados (Einstein, A. 2000: 32)

Tal era aún la cultura aborígen australiana que tuvo la sabiduría de apreciar Rosendo Salvado, una cultura que nos aventajaba en el uso de la vista, del oído, del olfato, del paladar o del tacto. Y en la que no era infrecuente alcanzar, de aquella, los setenta años de edad o aún más<sup>104</sup>.

Habrían llegado hasta nosotros ya en la crónica de los paraísos perdidos de Américo Vespucci<sup>105</sup>: *“de cuando los hombres vivían con inocencia y sin malicia, hombres que estaban saliendo del Paraíso Terrenal en sociedades de la abundancia, de modesta y austera abundancia”*. Miedosos, desnudos, con poco valor ... pueblos con los que los presuntamente civilizados europeos alardean poder hacer lo que les venga en gana.

Sigue anotando el cronista<sup>106</sup>: *“No tienen entre ellos bienes propios, porque todo es común; no tienen límites de reinos ni de provincia; no tienen rey ni obedecen a nadie: cada uno es señor de sí mismo. No administran la justicia, la que no les es necesaria, porque no reina en ellos codicia. Habitan en común en casas hechas a la manera de cabañas muy grandes, y para gentes que no tienen hierro ni otro metal ninguno, se pueden considerar sus cabañas, o bien sus casas, maravillosas, porque he visto casas de 220 pasos de largo y 30 de ancho, y construidas con arte, y en una de estas casas hay 500 o 600 almas. Duermen en redes tejidas de algodón, colgadas en el aire sin otra cobertura; comen sentados en el*

---

<sup>104</sup> Salvado, R. 1850: 393 y 411

<sup>105</sup> Fernández Buey, F. 2007: 17, 77, 81

<sup>106</sup> Vespucci, A. en sus *Cartas de Viaje* p. 76-78, cito por la edición de 1986

*suelo: sus viandas son muchas raíces y hierbas y frutas muy buenas, infinito pescado, gran copia de mariscos, erizos y cangrejos de mar, ostras, langostas, camarones, y muchas otras cosas que produce el mar ... Son gentes que viven muchos años, porque, según sus recuerdos, hemos conocido allí muchos hombres que tienen hasta cuatro grados de descendientes. Y no saben contar los días ni conocen meses ni años, salvo que cuentan el tiempo por meses lunares, y cuando quieren mostrar alguna cosa, su tiempo lo muestran con piedras, poniendo una piedra por cada luna; y encontré un hombre de los más viejos que me indicó con piedras haber vivido 1700 lunarios, que son, me parece, 132 años, contando 13 lunarios al año ... Y de lo que más me maravilló de esta guerra suya y crueldad, es que no pude saber por ellos mismos por qué hacen la guerra el uno al otro, puesto que no tienen bienes propios ni dominio de imperio o reinos, y no saben qué cosa es codicia, o sea bienes o avidez de reinar, la cual me parece que es la causa de las guerras y de todo acto desordenado".*

Y así continúa<sup>107</sup>: *"Cada ocho o diez años cambian las poblaciones, y habiendo preguntado por qué se ponían a tanto trabajo, nos respondieron una natural respuesta: dijeron que lo hacían a causa del suelo, que por las inmundicias ya estaba infecto y corrupto Y causaba dolencias en sus cuerpos: lo que nos pareció buena razón. Sus riquezas son plumas de pájaros de muchos colores, o rosarios que hacen con huesos de pescado o piedras blancas o verdes, que se incrustan en las mejillas y en los labios y*

---

<sup>107</sup> Vespucci, A. en sus *Cartas de Viaje* p. 109, cito por la edición de 1986

*en las orejas, y de otras muchas cosas que nosotros no estimamos en nada. No usan comercio alguno, ni compran ni venden: en conclusión, viven y se contentan con lo que les da la naturaleza. Las riquezas que en nuestra Europa y en otras partes usamos, como oro, joyas, perlas y otras riquezas, no las tienen en nada, y aunque las poseen en sus tierras, no trabajan por obtenerlas ni las estiman. Son liberales en el dar, que por maravilla os niegan cosa alguna, y en desquite liberales en el pedir.. ".*

Son *"pueblos sin escritura pero que cuentan con un conocimiento espantosamente exacto de su medio y de todos sus recursos"*. Sociedades igualitarias, con mecanismos niveladores y de redistribución de bienes<sup>108</sup>.

Como aún pudo documentarse en la Australia que es objeto de esta crónica, y según relata Rosendo<sup>109</sup> *"... más de una vez vimos pasar a manos de seis o siete distintos dueños, en un solo espacio de tres o cuatro días, una camisa que habíamos regalado a uno de ellos"*.

Tales sociedades, y nuestro progreso alternativo, se situarían en extremos opuestos. Porque por más intenso que sea nuestro desafío contra la naturaleza no significa que sea necesariamente mejor. En sus culturas la renovación de las especies comestibles, animales y vegetales, equivale a la renovación del mundo<sup>110</sup>, *"los hombres asumen la responsabilidad de mantener el mundo tal como fuera creado por los Seres Sobrenaturales, volviendo a generarlo periódicamente por medio de ritos"*. A menor

---

<sup>108</sup> Levi-Strauss, C. 1978: 33; Waal, F. de 2005: 83; cita en muchos casos crónicas de aborígenes australianos (Canetti, E. 1987: 344); cuando llega J. Cook a finales del XVIII aquellos aborígenes con treinta mil años de supervivencia no habían practicado la agricultura (Cavalli-Sforza, L. y F. 1993: 31, 71), aunque no tendrían futuro alguno (op. cit. p. 35)

<sup>109</sup> Salvado, R. 1850: 407

<sup>110</sup> Eliade, M. 1975: 67

desafío mayor sostenibilidad en el largo plazo.

Habría aquí una disyuntiva entre la despiadada adaptación del medio o una astuta autoadaptación al mismo<sup>111</sup>. Es así que, según nos cuenta Rosendo, el canguro australiano<sup>112</sup> “... *no teme al hombre que le está enfrente, creyéndole, tal vez, un tronco carbonizado u otra cosa cualquiera inanimada. En estos casos, el salvaje permanece tan inmóvil, que no bastan las palabras para describirlo, ni jamás europeo alguno ha visto un hombre que por la sola fuerza de su voluntad, sepa paralizar de tal modo todos sus miembros*”. Y es por todas estas razones que los pueblos cazadores-recolectores pueden permanecer como tales indefinidamente<sup>113</sup>.

Como opción a nuestra febril civilización, la actitud de esas culturas reticentes debiera considerarse mucho más atentamente de lo que se ha hecho hasta ahora<sup>114</sup>. Sociedades en las que las personas<sup>115</sup> “*cazan por la mañana, van a pescar por la tarde, crían ganado al atardecer, son críticos después de cenar, según lo creen conveniente, sin que por eso se conviertan en cazadores, pescadores, pastores o críticos*”.

Anota Montaigne de las crónicas que le iban llegando desde aquellos

---

<sup>111</sup> La estrategia de adaptación del medio sería un particular monocultivo, una civilización en masa (Levi-Strauss, C. 1955: 46)

<sup>112</sup> Salvado, R. 1850: 394

<sup>113</sup> Johnson, A.W. y Earle, T. 2003; también para el antropólogo C.S. Coon (1968: 440)

<sup>114</sup> Fdez. Armesto, F. 2002: 51, 62, 161, 231

<sup>115</sup> Arendt, H. 2005: 159, citando a Marx



nuevos mundos<sup>116</sup>: “... nos cuentan de los habitantes del Brasil, que no se morían sino de viejos, se atribuye a la tranquilidad y serenidad de su clima; yo lo atribuyo más bien a la tranquilidad y serenidad de su alma, libre de toda pasión, pensamiento y tarea ardua o desagradable. Su vida transcurría, en efecto, en una admirable simplicidad e ignorancia, sin letras, sin ley, sin rey, sin religión alguna”. Naciones donde<sup>117</sup> “la riqueza era vista con tal desdén que el más mísero de los ciudadanos no se habría dignado a bajar el brazo para coger una bolsa de escudos”.

Por su parte S. Zweig, un cronista sin duda excepcional<sup>118</sup>, relata cómo aquellos aborígenes cogían objetos del barco de Magallanes -recién atracado en su bahía- ya que a “*aquellos sencillos paganos les parece tan natural y corriente –los hombres desnudos desconocen los bolsillos- meterse entre los cabellos un par de chirimolos brillantes, como a los españoles, al Papa y al Emperador declarar propiedad legal del rey cristiano todas aquellas islas, aún sin descubrir, con sus hombres y sus bestias*”. Semblanza que perfectamente puede aplicarse a los paganos australianos de esta nuestra crónica acaecida cientos de años después.

Por todos esos motivos nuestras culturas debieran considerar mucho más tal socio diversidad en sus tratos y contactos con tales sociedades<sup>119</sup>. Es en este aspecto que la reflexión intelectual, y la actividad social, de

---

<sup>116</sup> Montaigne, M. de 1595: 718

<sup>117</sup> Montaigne, M. de 1595: 137

<sup>118</sup> Zweig, S. 1964: 205; quizás por eso se explique que los holandeses comprasen Manhattan a los indios por el equivalente de veinticuatro dólares (Eco, U. 1977: 21)

<sup>119</sup> Un consejo que B. Rusell toma de Locke (Rusell, B. 1950: 35) cito por la edición de 2003

Rosendo Salvado en la Australia de la segunda mitad del siglo XIX puede calificarse de excepcionalmente valiosa. Ya que consideró a aquellas poblaciones como mucho más semejantes a la especie humana actual que a los chimpancés, y lo hizo justo cuando Darwin estaba desplegando una teoría para<sup>120</sup> *“demostrar que no hay una brecha insalvable entre el hombre y los animales, tendiendo a ver más lo que nos aproxima que lo que nos separa”*. Una idea no poco instrumentalizada por los intereses colonialistas de la época.

Es por eso que mientras la mayoría de los blancos proclamaban que los aborígenes eran bestias, estos se conformaban con sospechar que los primeros eran dioses. Como sentencia C. Levi-Strauss<sup>121</sup> (y Rosendo, sin duda, compartiría): *“ a ignorancia igual, el último procedimiento era ciertamente más digno de hombres”*.

---

<sup>120</sup> Arsuaga, J.L. y Martín-Loeche, M. 2013: 86, 89

<sup>121</sup> Levi-Strauss, C. 1955: 90 y 406; Diamond, J. 2013: 79 anota cómo a menudo los papúes pensaban que los blancos eran gentes llegadas del cielo, y describe un primer contacto entre ambos (op. cit. 306-397) muy semejante al que nosotros relatamos, de la mano de Rosendo, en esta crónica.

## BIBLIOGRAFIA CITADA

- Acot, P. (2003): *Historia del clima*  
El Ateneo, Buenos Aires
- Agustí, J. (2010): *El ajedrez de la vida*  
Crítica, Barcelona
- Arendt, H. (2005): *La condición humana*  
Paidós, Barcelona
- Arsuaga, J.L. (1999): *El collar de neandertal*  
Temas de Hoy, Madrid
- Arsuaga, J.L. (2001): *El enigma de la esfinge*  
Plaza Janés, Barcelona
- Arsuaga, J.L. y Martín-Loeche, M. (2013): *El sello indeleble*  
Debate, Barcelona
- Ayala, F.J. y Cela, C.J. (2006): *La piedra que se volvió palabra*  
Alianza, Madrid
- Basalla, G. (1988): *La evolución de la tecnología*  
Crítica, Barcelona, 1991
- Bataille, G. (1997): *El erotismo*  
Tusquets, Barcelona
- Bérenghier, T. (1878): “*Nouvelle-Nursie. Histoire d’une colonie bénédictine dans l’Australie Occidentale (1846-1878)*”  
Librairie Jacques Lecoffre, Paris.
- Berlin, I. (1992): *El fuste torcido de la humanidad*  
Península, Barcelona
- Birdsell, J. (1953): *Some environmental and cultural factors influencing the structure of Australian aboriginal populations*  
American Naturalist 87: 171-207
- Bruckman, J. (edit) (2000): *La tercera cultura*  
Tusquets, Barcelona
- Canetti, E. (1987): *Masa y poder*  
Alianza, Madrid
- Carbonell, E. y Bermudez, J.M. (2004): *Atapuerca, perdidos en la colina*  
Destino, Barcelona

- Carr, N. (2010): *Superficiales*  
Taurus, 2011
- Carson, I.A. Ritchie (1986): *Comida y civilización*  
Alianza Editorial, Madrid
- Cavalli-Sforza, L. y F. (1993): *Quiénes somos: historia de la diversidad humana*  
Crítica, Barcelona
- Cavalli-Sforza, L.L. (1996): *Genes, pueblos y lenguas*  
Crítica, Barcelona, 2010
- Cela, C.J. (1985): *De genes, dioses y tiranos*  
Alianza, Madrid
- Cela, C.J. y Ayala, F.J. (2001): *Senderos de la evolución humana*  
Alianza, Madrid
- Cipolla, C.M. (1989): *Historia económica de la población mundial*  
Crítica, Barcelona
- Cipollone, G. y Orlandi, C. (2011): “*Aborigeno con gli aborigene*”  
Librería Editrice Vaticana, 2011
- Cohen, M.N. (1977): *La crisis alimentaria de la prehistoria*  
Alianza, Madrid, 1981
- Coon, C.S. (1968): *La historia del hombre*  
Guadarrama, Madrid
- Crosby, A.W. (1988): *Imperialismo ecológico*  
Crítica, Barcelona
- Darwin, Ch. (1839): *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*  
Akal, Madrid, 1983 o Miraguano Ediciones, 2009
- Darwin, Ch. (1859): *A orixe das especies*  
USC-Fundación BBVA, Santiago, 2003
- Darwin, Ch. (1871): *El origen del hombre*  
EDAF, Madrid (1999)
- Debray, R. (2001): *Introducción a la mediología*  
Paidós, Barcelona
- Diamond, J. (1998): *Armas, gérmenes y acero*  
Debate Pensamiento, Madrid
- Diamond, J. (2013): *El mundo hasta ayer. ¿Qué podemos aprender de las sociedades tradicionales?*  
Debate, Barcelona
- Díaz-Fierros, F. e Bouzón, A. (2001): “*O Bispo dos sen alma*”  
Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela

- Eco, U. (1977): *La estrategia de la ilusión*  
Lumen, Barcelona
- Einstein, A. (2000): *Mis ideas y opiniones*  
Antoni Bosh, Barcelona
- Eliade, M. (1975): *Introducción a las religiones de Australia*  
Ammorrtu Editores, Buenos Aires
- Epicuro (IV a III a.C.): *Obras Completas*  
Cátedra, 1999
- Fernandez-Armesto, F. (2002): *Civilizaciones*  
Santillana, Madrid
- Fernandez-Armesto, F. (2004): *Historia de la comida*  
Tusquets, Barcelona
- Fernandez-Armesto, F. (2006): *Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración*  
Destino, Barcelona
- Fernández Buey, F. (2007): *Utopías e ilusiones naturales*  
El Viejo Topo, Barcelona
- Feynman, R.P. (2000): *El placer de descubrir*  
Crítica, Barcelona
- Ganten, D.; Deichmann, T. y Spahl, T. (2008): *Vida, naturaleza y ciencia*  
Taurus, Madrid
- García Tapia, N. (selec.) (1994): *Historia de la técnica*  
Prensa Científica, Barcelona
- Gellner, E. (1988): *El arado, la espada y el libro*  
FCE, 1992
- George Russo, M.A. (2001): *“O Señor Abade do Ermo. A vida e a época do Bispo Salvado”*,  
Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela  
(edición original en inglés, Melbourne 1980)
- Goody, J. (1986): *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*  
Alianza, Madrid, 1990
- Gould, S.J. (2003): *Érase una vez el zorro y el erizo*  
Crítica, Barcelona, 2010
- Harris, M. (1990): *Antropología cultural*  
Alianza, Madrid
- Harris, M. (2004): *Caníbales y reyes*  
Alianza, Madrid
- Havelock, E.A. (1986): *La musa aprende a escribir*  
Paidós, Barcelona, 1996

- Hayek, F.A. (1980): *Sindicatos, ¿para qué?*  
Unión Editorial, Madrid, 2009
- Huxley, A. (1979): *La situación humana*  
Edhasa, Barcelona
- Innerarity, D. (2002): *La transformación de la política*  
Península, Barcelona
- Johnson, A.W. y Earle, T. (2003): *La evolución de las sociedades*  
Ariel, Barcelona
- Lafargue, P. (1883): *El derecho a la pereza*  
Fundamentos, 1983
- Leroi-Gourhan, A. (1988): *El hombre y la materia*  
Taurus, Madrid
- Lévi-Strauss, C. (1955): *Tristes trópicos*  
Paidós, Barcelona, 2006
- Lévi-Strauss, C. (1962): *El pensamiento salvaje*  
FCE, México, 1982
- Lévi-Strauss, C. (1978): *Mito y significado*  
Edições 70, Lisboa
- Maddox, J. (1999): *Lo que queda por descubrir*  
Debate Pensamiento, Madrid
- Mayr, E. (1998): *Así es la biología*  
Debate, Madrid
- McLuhan, M. (1962): *La galaxia Gutenberg*  
Círculo de lectores, 1998
- Mithen, S. (1998): *Arqueología de la mente*  
Crítica, Barcelona
- Montaigne, M. (1595): *Los ensayos*  
Acanalado, Barcelona (2008)
- Nisbet, R. (1996): *Historia de la idea de progreso*  
Gedisa, Barcelona
- Ong, W.J. (1982): *Oralidad y escritura*  
FCE, México, 1996
- Pacheco, D. (1505): *Esmeraldo de situ orbis*  
F.C. Gulbenkian, 1991
- Pinker, S. (2001): *El instinto del lenguaje*  
Alianza
- Rousseau, J.J. (1754): *Sobre el origen y los fundamentos de la  
desigualdad entre los hombres*  
Alianza, Madrid, 1996

- Russell, B. (1950): *Ensayos inoportunos*  
Edhasa, Barcelona, 2003
- Sahlins, M. (1974): *Economía de la edad de piedra*  
Akal, Madrid, 1983
- Saint-Exupéry, A. de (1948): *Ciudadela*  
Alba Editorial
- Sala, R. (2003): *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*  
Acanalado, Barcelona
- Salvado, R. (1850): “*Memorias históricas sobre la Australia y la misión benedictina de Nueva Nursia*”,  
La Editorial Católica, Madrid, 1945 (edición original en Nápoles en 1852)
- Salvado, R. (1883): “*Relazione della Missione beneditina di Nuova Nurcia nell’Australia Occidentale (1844-1883)*” en Cipollone, G. y Orlandi, C. *Aborigeno con gli aborigene*, Librería Editrice Vaticana, 2011
- Sánchez Arteaga, J. (2007): *La razón salvaje. La lógica del dominio: tecnociencia, racismo y racionalidad*  
Lengua de Trapo, Madrid
- Sennet, R. (1994): *Carne y piedra*  
Alianza, Madrid, 1997
- Simone, R. (2001): *La tercera fase*  
Taurus, Madrid
- Smil, V. (2001): *Energías: una historia ilustrada de la biosfera y la civilización*  
Crítica, Barcelona
- Swift, J. (1726): *Viajes de Gulliver*  
Austral-Espasa Calpe (2002)
- Vespucchi, A. (1500-1504): *Cartas de viaje*  
Alianza Editorial, 1986
- Waal, F. de (2005): *El mono que llevamos dentro*  
Tusquets, Barcelona, 2007
- Waal, F. de (2009): *La edad de la empatía*  
Tusquets, Barcelona, 2011
- Watson, P. (2006): *Ideas. Historia intelectual de la humanidad*  
Crítica, Barcelona
- Wilson, E.O. (1980): *Sociobiología*  
Omega, Barcelona
- Wolf, E.R. (1987): *Europa y la gente sin historia*  
FCE, México

Zweig, S. (1931): *Americo Vespucio*  
Capitán Swing, Madrid, 2010

Zweig, S. (1964): *Magallanes*  
Juventud, Barcelona